

FRANCINE ZAPATER

**POR
BRUJA
Y
HECHICERA**



CONTRALUZ

FRANCINE ZAPATER

Por bruja
y hechicera

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Maquetación: El Taller del Llibre, S. L.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Francine Zapater, 2025.

Autora representada por la Agencia Literaria Sandra Bruna

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-19822-56-7

Depósito legal: M. 113-2025

Printed in Spain

*En memoria de:
Joana de Toy, Margarida Tafanera, Joana Civita, Eulàlia Totxa,
Guillema Font, Miquela Casanoves y Peirona Moles.
Porque no eran brujas, eran mujeres.*

Las brujas dejarán de existir cuando dejéis de quemarlas.

PERE GIL I ESTALELLA,
jesuita y calificador de la Santa Inquisición

PRIMERA PARTE

El despertar

Capítulo 1

Marzo, 1610

—Que no se muera. Que no se muera. Por favor, Dios mío, que no se muera.

Con la respiración agitada y la capa ondeando a mi espalda, voy tan rápido como los pies me permiten, elevando sin cesar mi oración al cielo. Visos de penumbra cubren los estrechos callejones de la villa de Terrassa. Sin detenerme a pensar que no son horas para adentrarme por estas callejuelas oscuras, corro con la falda arremolinada entre mis piernas. De pronto, no sé dónde estoy. Me he perdido. Estoy corriendo en círculos, sin avanzar. He pasado antes por delante del portal de Baix, con su enorme marco de madera. Las casas edificadas sobre los restos de la muralla que antaño rodeaba la villa son testigos de mi desesperación. Me falta el aire, estoy al borde del llanto. Tengo el pelo pegado a la frente y el sudor descende por mi espalda, empapa mi camisa. Un gato maúlla a lo lejos, araña con su quejido el silencio de la noche. Miro aterrada a ambos lados del callejón.

Debo calmarme. Mi hermana me necesita y no puedo dejarme vencer por el pánico. Me detengo para mirar por dónde ir a la casa de la curandera. Es noche cerrada y ni la luna quie-

re alumbrarme el camino. Al fondo creo ver un resplandor: es la titilante luz de un candil de aceite en una esquina. Respiro aliviada. Debo estar cerca de la plaza Mayor. La vida de Emilie pende de un hilo, no puedo perder más tiempo. Corro hacia la plaza para, desde allí, poder bajar a la calle de las Parras, donde vive Beatriu Farrés, la curandera.

Un haz de luz aparece de pronto al doblar la esquina. La silueta, acompañada de un eructo, se dibuja contra la pared sin darme tiempo a reaccionar. El impacto con el cuerpo del hombre que sale de la posada es inevitable y caigo al suelo en un sucio charco de barro y a saber qué más.

—Perdón —murmuro, aturdida por el golpe.

Me llevo una mano a la cabeza. Estoy bien, solo me he en-suciado. No puedo perder más tiempo aquí. De un salto, me levanto, pero, cuando estoy a punto de echar a correr, una mano grande y pesada cae sobre mí, arrastrándome tras las columnas del porche lateral en contra de mi voluntad.

—¿Me pides perdón, furcia gabacha? Conozco formas mejores que tus disculpas para ganarte mi favor.

Abro los ojos aterrada. Reconozco, bajo el tenue resplandor del candil anclado en el exterior del porche, el rostro del alguacil, Antón Bardolet. Me devora de arriba abajo con su asquerosa mirada de sapo. Los dientes, pequeños y renegridos, asoman dentro de una boca que apesta a vino barato.

—Señor, os lo ruego, debo continuar. Mi hermana está muy enferma...

—Vaya. Parece que la ramera tiene prisa. No sufras, tengo por costumbre acabar rápido con las mujercuelas de tu calaña.

Empieza a sobarme los pechos, mete sus sucias manos bajo el escote de mi jubón mientras retiene mi cuerpo entre el suyo y la fría pared. Le golpeo el torso dando manotazos y gritando para que me deje en paz.

—¡Suéltame! ¡Quítame tus asquerosas manos de encima!

Con un empujón responde a mis súplicas y me suelta por un momento, pero solo para arrojarme contra el suelo. Pataleo angustiada cuando al instante se tumba sobre mí. De un tirón rasga mi camisa y empieza a estrujarme un pecho y con la otra mano arremanga la falda y la saya. Bajo su pesado cuerpo apenas puedo moverme. No veo escapatoria, pero tampoco puedo ceder a sus deseos animales. Desesperada, empiezo a chillar, me desgañito pidiendo una ayuda que no llega. Las lágrimas se mezclan con mis gritos. No quiero que me posea. No, no quiero perder la virtud a manos de esta bestia inmunda. Vuelvo a gritar al cielo, clamando socorro.

—Calla, puta, o haré que te arrepientas —me amenaza.

Tengo su cara tan cerca de la mía que el olor a podredumbre que sale de su boca me provoca arcadas. Estoy a punto de volver a gritar cuando con una mano me aprieta el cuello. Al ver mi cara de espanto y las lágrimas empapando sus dedos mientras boqueo por respirar, gruñe de satisfacción. Mis pulmones empiezan a arder bajo la presión de esa mano que está arrancándome la vida.

Intento suplicar que me deje respirar. Me ignora y se pasa la lengua por los finos labios de sapo, como si verme morir asfixiada le excite más que mis muslos desnudos. Durante un instante, extasiado con mi desesperación, afloja la presión. Es entonces cuando, con una fuerza que no sé de dónde sale, probablemente del miedo a perder no solo mi vida, sino la de mi hermana moribunda, aprovecho para girar cuanto puedo la cabeza e hincarle los dientes en la carne fofa del brazo.

—¡Maldita zorra!

Escupe las palabras con odio y me asesta una bofetada que me deja un regusto metálico en la boca. Puedo ver el odio

que siente hacia mí en sus ojos. Aterrada, trago la sangre y lágrimas. Saben a sal y hierro, a desesperación e impotencia.

Intento zafarme de él, lucho de nuevo por escapar del peso de ese cuerpo, con el corazón latiendo acelerado y la respiración irregular. Pero, a pesar de la borrachera, reacciona rápido. Me agarra del pelo para darme la vuelta y mi cara golpea contra el suelo. Un dolor profundo se apodera de mi cabeza, estoy a punto de perder la consciencia. De pronto, una pátina cubre mis sentidos y todo se detiene a mi alrededor. Noto el rostro pringoso y frío, cubierto con el barro de la calle. Siento el frío de la noche ascender de nuevo por las piernas hasta colarse dentro de mi ser. Entonces me doy cuenta de que tengo la falda y la saya arremangadas de nuevo hasta la cintura y la mitad de mi cuerpo desnudo contra el suelo. Me revuelvo al percatarme de lo que está pasando, pero de un tirón, como si yo fuera un animal, me alza por detrás para poseerme con su asquerosa verga.

—¡Nooooo!

Lanzo un último y lastimero grito al cielo, cuando el muy cerdo me embiste con violencia, desgarrándome por dentro. Me rompo en mil pedazos con cada movimiento de ese cuerpo que, sin permiso, invade el mío. El dolor es intenso y me quema. El escozor de la laceración empieza a ser insoportable bajo esa fricción cada vez más rápida y furiosa. Aprieto los párpados sin dejar de sollozar.

Estoy muriéndome. No podré soportar ni un segundo más su manoseo ni esta cruel invasión de mi cuerpo. Voy a partirme en dos. Otra embestida más y moriré.

De pronto, vuelve a cubrirme la brisa nocturna y ya siento su cuerpo gordo y apestoso aprisionándome contra el suelo. Sorprendida, con la respiración acelerada y los sollozos contenidos, abro los ojos y me recompongo la ropa, dispues-

ta a huir. Giro la cabeza un instante para asegurarme de que el monstruo ya no está y no volverá a pegarme si intento escapar.

Pero no se ha ido. Sigue ahí, con el rostro desencajado, las manos en alto, los calzones bajados hasta media pierna y el miembro casi fofo, a punto de perder todo su poder, desnudo y expuesto ante mí. Entonces, veo el motivo de mi liberación. Está detrás del alguacil y le clava su arma, el pedreñal, en los riñones.

No soy capaz de reaccionar. Con el rostro que tan bien conozco cubierto por un pañuelo y la capa dibujando su silueta en mitad de la noche, veo a mi salvador. El corazón me da un vuelco.

—Si te atreves a tocarla de nuevo, juro que no quedarán tripas dentro de tu cuerpo ni para los carroñeros. ¡Lárgate! Desaparece de mi vista, ¡ya!

Desconcertada observo al animal que instantes antes vejava mi cuerpo creyéndose invencible, y que ahora corre como un cobarde para alejarse de su posible verdugo.

Esa voz... Reconocería esa voz entre un millón. Es él. Mis ojos no me engañan.

—¿Cesc?

El bandolero se detiene en seco y vuelve sobre sus pasos hasta acabar inclinado a mi lado.

—¿Blanche? ¿Eres tú?

Con el ceño fruncido y desconcierto en la voz, Francesc me observa con detenimiento. Un destello de rabia y perplejidad asoma en sus ojos. Imagino que, cubierta como estoy de barro y sangre, los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar y el labio partido por el maltrato del alguacil, ni siquiera me había reconocido.

Asiento y aparto la mirada, avergonzada.

Con rapidez, se pone en pie y hace ademán de echar a correr para dar alcance a mi agresor. Agarro su capa y logro detenerlo.

—¿Estás loco? ¡Es el alguacil! Por el amor de Dios, Cesc, guarda esa arma. Si vas tras él, usará su autoridad como encargado de vigilar y eliminar la delincuencia en la villa contra ti. Te acusará ante el alcalde y nadie pondrá en duda su palabra. Acabarás con una soga al cuello.

No era este el reencuentro soñado durante tantas noches. Noqueada, dolorida y torpe, me pongo en pie con su ayuda y caigo en la cuenta del deplorable estado de mi ropa y de mi rostro. Me envuelvo con la capa, sucia de barro. Bajo la cabeza e intento ocultar mi vergüenza, pero el gesto me provoca un vahído que amenaza con hacerme caer al suelo. Cesc hace ademán de sostenerme, pero le empujo sin miramientos.

El recuerdo de nuestro último encuentro, meses atrás, aleja toda mi gratitud y me llena de rencor hacia él. Me duele más el corazón que mi cuerpo mancillado.

—No me toques —exclamo.

—Casi no puedes mantenerte en pie. Deja que te ayude. Además, no es buena idea que sigas rondando sola por la calle, si ese malnacido vuelve a cruzarse en tu camino, juro que lo mato. —La preocupación ha dado paso al enfado en su voz.

Mi sangre hierve de rabia. No necesito más hombres decidiendo qué puedo o no hacer por mí misma y menos a él. Emilie vuelve a ser el centro de mi preocupación y, desterrando a un lado todo lo demás, echo a andar arrastrando el dolor de mis magulladuras a cada paso.

—¿No piensas contestarme? Si llego a saber que eras tú a quien ese sucio bastardo estaba... —le oigo maldecir a mi espalda.

Por lo visto ha decidido seguirme. No me dejará en paz hasta que se salga con la suya.

—... le habría disparado sin pensarlo dos veces. Lo juro. ¡Maldita sea, Blanche! ¿Adónde vas? No seas cabezota, apóyate en mi hombro para que te ayude —insiste, cogiéndome por el brazo para detenerme.

—No es de tu incumbencia y te he dicho que no me toques —sueno altiva, pero no soy capaz de mantenerle la mirada.

No puedo seguir con esta conversación. No con él. Me siento humillada, sucia, devastada. No queda un ápice de dignidad en mí. El alguacil me ha roto por dentro y por fuera. Soy incapaz de explicar esta angustia que me perfora el alma con mayor dolor que los moratones del cuerpo, y lo último que deseo es compartir esto con él. Solo quiero desaparecer, huir de su mirada. De un manotazo, me suelto de la mano y sigo avanzando, ahora con mayor seguridad al ver entre la penumbra la parra que cubre la esquina de la calle en la que vive la curandera.

—¡Blanche, por el amor de Dios, déjame ayudarte! —me ruega a voces.

No le contesto. Me da igual lo que piense o deje de pensar. O no; en honor a la verdad, no me da igual. Estoy destrozada y avergonzada, aunque me esfuerce en demostrarle lo contrario. Me duele el alma y siento las lágrimas, calientes y ponzoñosas de rabia, clavadas en mis ojos. No soporto que me haya visto así, humillada y violentada. Me avergüenzo tanto de mi estado... Un nudo retuerce mis entrañas y amenaza con asfixiarme de nuevo, se enrosca en mis tripas como el sarmiento que tengo delante...

Pero no, no voy a darle explicaciones.

Me hice a mí misma esa promesa, meses atrás, cuando atravesé uno de los portales de esta ciudad envuelta en lágrimas por su culpa.

Sin girarme, sigo adelante. Con el pelo revuelto, la capa embarrada y la dignidad hecha trizas. Parezco una vasija de barro destrozada por una pedrada. Así llego a la casa de madame

Farrés: exhausta, dolorida, temblando, con el labio hinchado y algo caliente chorreando entre mis muslos. El eco de la profunda voz de Cesc, gritando mi nombre mientras me alejo, sigue retumbando en mis oídos cuando la francesa abre la puerta.

—Pero muchacha, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿Y qué te ha pasado? —pregunta, colocando un dedo en mi mentón para observarme a la luz de su candil.

—Necesito que me acompañéis, madame Farrés. No sé si os acordáis de mí, soy la hija de Juliette, la sobrina de su amiga Peirona.

—Sé quién eres, aunque con el rostro así es difícil reconocerlo. Pasa y, mientras curo esas heridas, puedes contarme qué te ha traído a estas horas a mi puerta.

Cuando estoy a punto de entrar en la casa de la curandera cambio de pronto de opinión y retrocedo. No debería entretenerse curándome a mí cuando es Emilie quien se debate entre la vida y la muerte.

—Olvidad mis rasguños. Mi hermana tiene unas fiebres que la hacen delirar y no hay manera de bajárselas. Madre y yo estamos muy preocupadas y no sabemos qué hacer. Necesito que vengáis conmigo ya mismo —insisto desesperada.

Mis ojos se empañan por los agujonazos de dolor que siento. Respiro hondo y trago saliva. Las manos me tiemblan y creo que me desharé en llanto de un momento a otro. Lucho por controlar mi angustia. Ya tendré tiempo de lamentarme más tarde. La vida de Emilie depende de que esta mujer me haga caso.

—Está bien, no nos demoremos más. Pero ¿qué le dirás a tu madre cuando te vea aparecer así?

—Sabe de mi torpeza. Tropecé y caí. Fin de la historia.

Madame Farrés asiente, pero en su mirada puedo ver que no se cree esa versión de los hechos. Francamente, en estos momentos me da igual; solo quiero acudir junto a mi hermana.

CONTRALUZ

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-50-5



Cod.: 3530153